REGRESO A NINGUNA PARTE

Jaime Campillos Cañas

40

Iznájar, 2017

REGRESO A NINGUNA PARTE

JAIME CAMPILLOS CAÑAS

40

—

2017

Regreso a ninguna parte

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ Puerta del Rey, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com

Depósito legal: CO-848/2017

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2017
Categoría Mejor Relato Local
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
María José Núñez Villalba
Juan Ramos Sánchez

A medida que el alba sigue su curso natural y se va alzando en el vasto cielo, la figura de un hombre errante se va también incrementando. A lomos de una vieja mula, a la cual, sólo le quedaban unas pocas zancadas por andar, Santiago Romero se dirigía hacia Iznájar, la tierra que lo vio nacer. Seguía avanzando por un angosto carril, cada vez más cerca de su hogar, cada vez más cerca de la mujer a la que amaba, o al menos, a la que pensaba que amaba.

Santiago Romero no tenía más de 25 años, pero aparentaba algunos más debido a que las circunstancias de su vida habían hecho que este pobre hombre abandonara

sus quehaceres en la villa para empuñar un rifle en la guerra contra el francés, que hacía semanas que había finalizado.

Cada paso que daba la mula, hacía temblar a Santiago; no sabía si por la emoción o porque no sabía cómo reaccionar, cuando se reencontrara con su amada. Ella era hermosa, tanto que hacía pensar a Santiago en ocasiones que no la merecía.

Pelo negro y largo, tez morena, ojos morenos y vivaces… "¡Ah, Piedad! Espero que me reconozcas, ha pasado tanto tiempo…". El solo recuerdo de esta mujer hacía que Santiago arengara a la mula para que fuese más rápido.

Por fin pasó por el arco del castillo y subió por La Villa hasta llegar a su casa. Santiago y Piedad habían comprado una modesta casa en la parte más alta del pueblo, justo después de comprometerse.

Presto, no esperó más y se bajó de la mula. Corrió cuesta arriba y cada paso que

daba le parecía una eternidad. Santiago se plantó en la puerta de la que era su casa, su corazón latía cada vez más deprisa, intentaba contar hasta diez para calmarse a sí mismo, pero en vano pudo pues cada número le hacía recordar momentos con Piedad y también momentos en la guerra. Santiago parecía estar en trance.

Sin más dilación entró como si toda su vida y su porvenir se estuviesen debatiendo en ese preciso instante, cosa que así era. Santiago quedó perplejo ante aquella visión que ante él se mostraba: la nada. Su casa siempre había sido lugar de ocio y algarabía en el pueblo, allí jugaban, bebían, se divertían… Todo eso, claro, antes de que la guerra hubiese diezmado al pueblo.

Como loco empezó a gritar: "¡Piedad, Piedad!" Nada. Se paró un segundo para comprobar si había algún sonido aislado en el interior de la casa. La nada se había adueñado del todo.

Lo primero que se le pasó por la cabeza a Romero fue la posibilidad de que su mujer se hubiera ido con otro granuja con peor suerte que él. Enseguida, todos sus miedos y malos pensamientos quedarían disipados, de momento. Una hermosa mujer se dispuso a entrar en la casa, se percató con miedo de que alguien hubiera osado entrar a saber Dios para qué.

La mujer empezó a andar despacio por la casa para que nadie se diese cuenta de su presencia. Toda esta precaución fue en balde pues Santiago reconocía el olor armonioso que emanaba de la joven. "Por fin has llegado, Piedad.". Sudores fríos se apelotonaban en las capas de su piel.

El deseado momento llegó y Piedad, al ver a Santiago, no supo bien qué hacer. De momento, se quedó pálida e incluso rompió a llorar. ¿Acaso era por ver a su prometido de vuelta sano y salvo?

-He vuelto, Piedad.

- Ya veo.- decía con lágrimas en los ojos.- También veo que me has perdonado y has decidido volver.

-¿Perdonar? ¿Por qué?- Santiago estaba confuso, ¿Qué había hecho?

-Te envié una epístola en la que te lo contaba todo.- dijo la dulce Piedad.- ¿No la has leído?

Es normal que Santiago no hubiera recibido correspondencia en el frente. Solamente la recibían los oficiales de más alto rango, y aun así se perdían. Piedad notó, por la cara de Santiago, que este no había leído nada por lo cual la hizo dudar si era mejor o no.

Romero exigió que se lo contara todo, pues si algo hubiera pasado, él podría ayudar. Piedad seguía llorando y llorando. Al ver esto, Santiago se preocupó más y volvió a exigir que se le contara todo. Nada, nuevamente. El enfado de Santiago se volvía

cada vez peor y ya daba miedo mirarle. Esta vez no exigió, ordenó.

Sabía perfectamente que Piedad ocultaba algo y debía de ser algo directamente proporcional al llanto de la joven. La muchacha no pudo aguantar tanta presión, los ojos de Santiago se clavaban como dagas hirviendo y ella misma sabía que se encontraba entre la espada y la pared.

"Confesaré todo." pensó. Y sin más opción, optó por contárselo.

-Santiago, al marchar tú hacia la guerra me di cuenta de que estaba encinta y que el niño que esperaba era tuyo. Te escribí para darte la noticia en cuanto lo supe.

-A mí no me llegó correspondencia alguna en el frente.- Le dijo a Piedad.

Romero recuperó por un momento la sonrisa al saber que tiene un hijo, pero algo no le cuadra. "Si Piedad estaba tan pálida y sentía pavor de contarme el problema, es que algo ha pasado. " Santiago le

pedía más detalles a Piedad. La joven le contó que el parto no tuvo traba alguna, a los nueve meses dio a luz a una niña a la que puso por nombre Julia.

Julia era una niña de apariencia frágil pero hermosa. A medida que fue creciendo se pudo ver en ella unos ojos marrones y una tez morena que podían hacer doblegarse hasta a un rey.

Un día de invierno, Piedad se dispuso a dormir y puso la cuna de la niña junto a su lecho. Aquella noche era fría, más fría que nunca. Piedad le dio más mantas a la niña para que entrara en calor pero fue inútil. Julia cogió frío y a raíz de esto sufrió unas fiebres que acabaron con su vida. Julia tenía un año.

Piedad contaba esto a duras penas pues sentía sus ojos calientes por culpa de las lágrimas. Acompañó este profundo sentir con un: "Se parecía a ti, Santiago".

No supo qué decir, se quedó helado. Había tenido una hija y ésta había muerto mientras Santiago luchaba una guerra que, en realidad, no le afectaba mucho. Su situación sería la misma con los españoles que con los franceses.

Le preguntó a Piedad que si la niña había recibido cristiana sepultura, a lo que ella asintió. Le dijo que estaba enterrada en el cementerio local. El cementerio estaba cerca, pues Santiago y Piedad vivían en la parte alta de la villa de Iznájar y el cementerio se encontraba unas casas más abajo.

Corriendo cuesta abajo más rápido que un rayo, Santiago llegó al cementerio y se le olvidó preguntar a Piedad dónde estaba enterrada. Le dio igual. Miraría las tumbas y nichos hasta encontrar la que quería.

Era ya casi de noche, Santiago seguía buscando pero estaba a punto de la extenuación. Iba a rendirse cuando vio que en un nicho ponía la siguiente inscripción:

"Julia Romero de Guzmán. 1808-1809". No había nada más. Algo breve pero que hizo que Santiago llorase hasta casi deshidratarse.

Piedad se acercó a él. No sabía qué decir. Sus intentos de consolación dejaban bastante que desear. "¿Hay algo más que quieras contarme?"- preguntó un Santiago abatido.

Al oír esta pregunta decidió contarle, de una vez por todas, toda la verdad a Santiago. Piedad le dijo que una vez que la niña había muerto, buscó el refugio espiritual a través de la fe hacia la Virgen de la Piedad. Por aquel tiempo, llegó un sacerdote bastante atractivo que tendría unos treinta años. Este sacerdote tenía por nombre don Augusto. El padre Augusto quiso ayudar a Piedad a superar su pena de la manera más liviana posible.

Y lo hizo. Pero no como Santiago esperaba. Tanto ayudó a Piedad, que del

roce surgió el cariño y un amor que sigue durando mientras Piedad cuenta esta historia a Santiago.

Romero no daba crédito a lo que oían sus oídos. Su mujer y un ministro de Cristo. Imposible.

En ese preciso instante, algo más volvió a quebrarse en el interior de Santiago y una furia que ni él mismo conocía se apoderó de su ser. Piedad le imploró perdón. El destino de Piedad quedaba sellado para siempre.

Santiago desenfundó su navaja de manera que se podía intuir lo que iba a ocurrir unos segundos más tarde y sin parar a pensar, asestó una cuchillada mortal en el bello pecho de la joven. Piedad notaba que su sangre se convertía en fuego y que este fuego le quemaba las entrañas. El aliento y la vitalidad que una vez fueron característicos de esta mujer se habían ido. Su vista se nubló y ya no pudo discernir absolutamente

nada, eso es lo que vio, nada. Simplemente cayó a los pies de Santiago, inerte.

No había tiempo para pensar. Santiago era muy consciente de lo que había hecho y ya se veía caminando por el patíbulo de camino a la horca. Debía desprenderse del cuerpo y de la navaja. Por suerte para él, en el cementerio había una fosa común donde se enterraba a la gente sin muchos recursos económicos o a los condenados a muerte.

Actuó rápido. Cogió el cuerpo de Piedad y lo tiró a la fosa como si nada. Y con el cadáver, la navaja. Sucio y lleno de sangre, cogió una pala y añadió más cal a la fosa común para que encontrar a Piedad fuese una tarea algo más complicada.

Acabado el improvisado funeral, Santiago se quedó un rato mirando aquel macabro espectáculo que había creado. No sabía por qué, pero se sentía como un Dios, capaz de dar y quitar la vida. Le dio vida a

su hija y se la quitó a su mujer. Pero su venganza particular no estaba aún acabada. Quedaba don Augusto.

Decidió irse antes de que el sol empezara a alzarse sobre el cielo nublado. Nublado quizás por la muerte de Piedad, como si ella fuese un ángel. Llegó a casa donde no hizo otra cosa que lavarse y dormir. Todo esto como si nada.

Un nuevo día se alza en la ahora taciturna Villa de Iznájar. Hacía unos días desde que Piedad había desaparecido y solo una persona sabía dónde estaba. Por aquel entonces la gente ya se había percatado del regreso de Santiago, así que, tanto curiosos como la propia autoridad se acercaron a hacerle preguntas.

Él siempre contestaba que Piedad había desaparecido antes de su regreso. Que no sabía nada. Por lo visto, era buen actor pues hacía creer a todo el mundo que esto era verdad. A fin de cuentas, por qué dudar

de un hombre que había derramado su sangre por su país. Nadie sospechaba que en realidad, había derramado la sangre de otra persona.

Santiago dejó pasar unas semanas. De esta manera podía ir a por el párroco sin levantar demasiadas sospechas. Perfiló los detalles para llevar a cabo su empresa. Cada vez que pensaba una forma para matar a ese sacerdote adúltero, esbozaba una sonrisa. Era como si le gustase matar. Nunca había sentido este sentimiento. En la guerra había matado, sí, pero por deber. Aquí era distinto.

En la Ermita de Nuestra Señora de la Piedad, el padre Augusto, sabía perfectamente que la desaparición de Piedad no había sido casual. Alguien había atentado contra ella y qué curioso que desapareciera unos días antes de la llegada de Santiago. Augusto sospechaba el móvil de la desaparición y conocía también quién iría a por él.

Don Augusto vivía en un estado de psicosis pues podría morir en cualquier momento. Pasaba el día en la ermita. "No me hará nada en la casa de Dios" pensaba. Qué equivocado estaba. Cuando un hombre ha de llevar a cabo una reyerta personal, lo haría, independientemente de donde fuese o contra quien fuese.

Al fin, ideó un plan. Pidió a un monaguillo que lo acompañara siempre y que cuando el sacerdote indicase, hiciera las labores propias de los ministros de Cristo, tales como: consagrar, confesar, bautizar, casar… El monaguillo estaba confuso pues esos trabajos no podían hacerse por un simple monaguillo. A Augusto le daba igual incumplir una orden más de Dios, a fin de cuentas se había saltado varias veces el voto de castidad.

Se dio cuenta de que su agonía en vida se prolongaría más, puesto que no conocía la cara de Santiago. Se quitó la sota-

na y se vistió como un mendigo. Se acercó a la casa de Santiago en la parte alta de Iznájar. Tocó a la puerta. Nada. Tocó otra vez. A los pocos segundos abrió un hombre de aspecto deplorable. Barba de varias semanas, ropa sucia, en definitiva, desaliñado por culpa de pasar días y noches en vela para encontrar la manera de matar al párroco.

Augusto simplemente hizo la labor correspondiente del mendigo. Pedir limosna y algo de comer. Santiago despachó al falso mendigo pero la breve visita había sido suficiente para conocer la identidad de este hombre.

Algo más aliviado, volvió a la ermita que se había convertido en su reducto personal. Rezó un par de horas. Rezó a la Virgen de la Piedad, a Dios, Jesucristo y a todos los santos que conocía. Encomendó su alma a Dios por si fuera necesario.

Santiago, tras mucho buscar, encontró la forma de matar perfecta y que no levantaría muchas sospechas. Eso pensaba él. El plan era el siguiente: Santiago iría a la Ermita de la Virgen de la Piedad, allí se suponía que el sacerdote hacía su oficio. Llegaría allí antes que el párroco y lo esperaría en el confesonario, dentro. Aguardaría a la llegada de don Augusto y cuando éste se dispusiera a entrar, sería demasiado tarde para él, se habría reunido con su superior. Entonces tendría el tiempo justo para salir de allí y tal vez para huir de Iznájar.

Era un plan sin fisuras, al menos en la cabeza trastornada de Santiago. Reunió los materiales que necesitaba para llevar a cabo esta empresa. Materiales como una nueva navaja y algo de concentración. No había que esperar más, Santiago eligió el momento oportuno y ese momento había llegado.

Bajó por las calles de Iznájar como un fantasma. En cierto modo, lo era; no hablaba, no comía, no dormía. Sus pensamientos se llenaban de sangre y horror. Esto le agradaba muchísimo y en cierto modo, le hacía gracia.

Llegó a la Ermita. Vacía por completo. "Busco confesión, proporcionádmela, padre" decía una y otra vez. Estas palabras resonaban por culpa de los altos techos de la ermita.

Don Augusto había esperado este momento durante muchos días, era hora de morir. Ordenó al monaguillo que lo seguía siempre que bajara a confesar. El monaguillo ya no cuestionaba nada. Pensaba que don Augusto había perdido el juicio en los últimos días. Sin rechistar, bajó.

"Aquí estoy, hijo. Vengo a confesarle". No había nadie. Santiago estaba escondido en el confesonario a la espera. El monaguillo, confuso, fue hasta allí. Abrió la

tela aterciopelada. Recibió decenas de puñaladas en su abdomen. Cada vez que recibía una, el monaguillo decía con voz tenue, apenas perceptible: "Con piedad esos golpes".

Santiago no sospechó nada porque don Augusto había vestido al monaguillo como un sacerdote cualquiera. Antes de que cayera al suelo, lo cogió y lo metió en el confesionario, de nuevo, como si nada.

Santiago huyó a su casa para recoger sus cosas y marcharse lejos, muy lejos, a buscar fortuna en otros lugares. Su tarea estaba hecha y en Iznájar ya no se le perdía nada.

Augusto esperó unas horas hasta que creyó oportuno bajar a comprobar que todo seguía en orden. Bajó. Esperaba que su monaguillo estuviese rezando y que a raíz de este rezo, se hubiera quedado dormido. Nada más lejos de la realidad. Augusto lo

buscó pero no había señales de éste. Tampoco rastros de sangre.

Desesperado, miró en el confesionario. Abrió la cortina y una tremenda emoción se apoderó de su corazón. No le tenía mucho afecto al monaguillo, simplemente lo usó como escudo. Lloró. Pero no por el pobre monaguillo que ahora yacía sin vida sentado en el confesionario. Lloró de alegría. Por fin sabía quién había matado a su querida Piedad. Los ojos de la Virgen de la Piedad eran testigos de la sangre fría de Santiago. Dios y la propia reina de los iznajeños, le volvieron la espalda a este pobre desgraciado. Se dice que la Virgen de la Piedad es la patrona de Iznájar y que protegía a todos y cada uno de los habitantes de la villa. La protección celestial que tenía Santiago, si alguna vez la tuvo, desapareció para siempre.

Augusto sabía perfectamente que si intentaba clamar venganza, acabaría en un

frío patíbulo, así que hizo lo más fácil: pedir ayuda a la autoridad. Subió tan rápido como pudo las elevadas cuestas de Iznájar hasta que llegó al Consistorio. Allí pidió auxilio. El jefe de las autoridades, al que conocían como Huertas, se encontraba allí, él fue quien lo atendió.

-Ha habido un homicidio, señor.- dijo Augusto.

-¿Dónde ha ocurrido semejante tropelía, padre?- respondió Huertas.

-En la casa de Dios, hijo mío. En la ermita, bajo la atenta mirada de nuestra patrona.

Huertas había visto y resuelto multitud de crímenes de todo tipo pero jamás se había enfrentado a alguien capaz de profanar la casa de Dios y cometer actos de tal calibre en lugar santo. "Vamos, padre, no se quede ahí parado". Las ganas de ver cómo había sido el asesinato en la iglesia, hicie-

ron que Augusto no pudiera decirle quien era el autor de aquel crimen.

"Por aquí, señor" indicó Augusto. Aquel día hacía sol pero el interior de la iglesia se encontraba sumido en una penumbra que incluso podría hacer temblar de frío al hombre más recio. El movimiento continuo de la cabeza de Huertas hacía ver su impaciencia. No hubo que indicar la escena del crimen pues el lugar hablaba por sí solo.

Huertas se paró ante el cadáver y empezó a admirarlo. Estuvo varios minutos manoseando el cuerpo para intentar descubrir la forma de la muerte, ésta era más que evidente. "Un trabajo perfecto. Estas maniobras solamente se enseñan en el ejército" apuntó Huertas."¿Tiene usted alguna idea sobre el homicida?". Augusto rio.

Le contó todo lo que sabía sobre el asesinato del monaguillo y la extraña desaparición de Piedad. Eso sí, omitió algunos

detalles como por ejemplo, el romance con Piedad o usar el monaguillo como escudo contra Santiago.

Huertas no daba crédito a lo que oía. ¿Santiago Romero? ¿Cómo podía ser? Huertas tenía a Romero como un héroe y una persona de carácter bondadoso y apacible, antes de la guerra. Esto era más grave de lo que Huertas pensaba, ahora entendía la repentina desaparición de Piedad y la más repentina aún aparición de Santiago al día siguiente.

Sabían que Santiago no era un ser indefenso. Era una persona altamente fuera de sí con entrenamiento militar a las espaldas. Ese entrenamiento explicaría el modus operandi de sus crímenes y la frialdad con la que los ejecutaba. Huertas corrió en busca de tantos guardias como pudo.

Veinte hombres. Esto pudo conseguir Huertas para intentar capturar a Santiago con vida. Capturar a alguien con vida

siempre era preferible puesto que así se podía juzgar al reo y darle la peor muerte posible. Huertas y sus hombres decidieron esperar a la noche para atrapar a Santiago desprevenido en su cama.

En los fríos planes de Santiago, estaba también la posibilidad de que descubriesen el cadáver y fuesen tras él, aunque la probabilidad era muy remota, según Santiago. El plan de acción contra la guardia era simple: Santiago había pasado días recogiendo madera de todos los rincones de Iznájar. Una vez conseguida la madera, transformó la "materia prima" en barricadas, de esta manera atrancó puertas y ventanas. El siguiente paso era colocar, de forma estratégica, todo tipo de pinchos y clavos por si la guardia lograba pasar.

El único sitio para escapar se encontraba en una trampilla que llevaba hacia el tejado. Santiago hizo de su casa un fortín inexpugnable. Se acostó, como todas las

noches, sin saber que aquella sería la última.

Todo estaba listo. Su hora había llegado. Huertas y sus veinte efectivos se acercaron a casa de Santiago. El plan de actuación establecía quince hombres a pie para proceder a entrar por puertas y ventanas y cinco hombres en los tejados. Aporrearon puertas y ventanas de forma salvaje. Esto hizo a Santiago salir de su letargo, coger las dos pistolas y la espada de su mesa y salir por la trampilla.

Al asomar la cabeza por la ventana vio a tres hombres sobre su tejado. No pensó. Disparó una pistola que hirió mortalmente a un guardia. Los dos restantes no tuvieron tiempo de reaccionar al escuchar el disparo. Santiago arremetió contra ellos y con unos movimientos certeros con su espada, se los quitó de encima.

Algunos hombres habían entrado en casa de Santiago por las ventanas y no pu-

dieron evitar las trampas que había colocado Santiago por lo que quedaron casi incapaces de usar armas. Los hombres restantes siguieron a pie de calle la huída de Santiago.

La fortaleza física de Santiago le hacía subir y bajar tejados como si nada; los guardias quedaron perplejos ante semejante demostración de fuerza por parte de Romero. Jugaba con ellos como quería. La mente pérfida de Romero era tal que incluso se reía a carcajadas al ver que los guardias se cansaban de perseguirle.

Esto hizo a Santiago ganar confianza, demasiada. Subía y bajaba por Iznájar a su antojo. Volvió a creerse Dios. Subió de nuevo a la parte alta de Iznájar. Estando allí, cometió el error fatal de saltar desde los tejados al suelo para, así, adentrarse en la Iglesia de Santiago Apóstol. De un salto llegó casi hasta la entrada, pero fue el tiem-

po justo que tuvo Huertas para asestarle un disparo certero.

Santiago emitió un alarido que debió escucharse en Rute. La bala le había alcanzado en el abdomen. El plan de Santiago era encerrarse en el campanario de la Iglesia para realizar un salto con el fin de despistarlos a todos. Estaba loco. No era consciente de que la caída era de bastantes metros hasta el suelo.

Santiago siguió a duras penas hasta el campanario. Dejó un camino de sangre, el cual Huertas solo tuvo que seguir. Cientos de escalones tuvo que subir hasta llegar a la cima de la Iglesia y por tanto de Iznájar. Menudas vistas tenía Santiago.

La sangre emanaba de su estómago sin cesar. Moriría desangrado en cuestión de minutos. Acabaría luchando, aún tenía una pistola, suficiente para irse con la cabeza bien alta. Huertas llegó fatigado a lo alto

del campanario y le dijo a Santiago que si se entregaba, le tratarían la herida.

-Calumnias son tus palabras-dijo Santiago-. Solamente queréis curarme para darme una muerte peor, si cabe.

Huertas sabía que tenía razón, pero no podía decírselo a Santiago. En ese momento, Romero desenfundó su arma y apuntó a Huertas con ella. De pronto, una voz de hombre parecía venir de las escaleras:" No lo hagas, Santiago". Era Augusto.

-No se involucre en esto, padre.- le ordenó Huertas.

-¿Cómo que “padre”?- dijo extrañado Santiago-. En Iznájar solo había un párroco.

-Es una pena que tengamos que conocernos así, Santiago. Soy el padre Augusto.

Santiago entró en shock. ¿Cómo era posible que Augusto estuviese vivo? Ahora su amenaza se había duplicado y no tenía ni

balas ni tiempo. Si mataba a uno, el otro se vengaría.

"Todo está consumado". Santiago empezó bajar el arma. Augusto y Huertas esbozaron una sonrisa. Lo tenían. Pero la testarudez de Santiago no le permitía entregarse. Miró a Augusto y le dijo: " No quiero un funeral, padre, pues no soy merecedor de tener uno". Apenas acabó la frase, se situó su pistola en la sien y apretó el gatillo. Un estruendo sonó y en seguida, de nuevo, la calma. El cuerpo de Santiago cayó desde lo alto del campanario. Sin vida.

No tuvo funeral, a fin de cuentas, era su última voluntad. Los enterradores, arrojaron el cuerpo aplastado de Santiago a la misma fosa común en la que se encontraba Piedad. Así, de este modo, los restos de Piedad y de Santiago permanecerían juntos para la eternidad por culpa de una jugada irónica del destino.

Excmo. Ayuntamiento
de Iznájar

Publicidad
El Castillo